

LLÁMAME PLINSKI

Giulio, Alessio di

1997

Alessio di Giulio es Director de Educación del WWF

Queda autorizada la reproducción de este artículo, siempre que se cite la fuente, quedando excluida la realización de obras derivadas de él y la explotación comercial de cualquier tipo. El CENEAM no se responsabiliza del uso que pueda hacerse en contra de los derechos de autor protegidos por la ley. El Boletín Carpeta Informativa del CENEAM, en el que se incluye este artículo, se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0](#)



En el pueblo siciliano de Terrasini - escribe el antropólogo Franco La Cecla en "Mente locale" - se encuentra aún, en un trozo de territorio que ha sobrevivido al saqueo urbanístico, un viejo astillero donde un maestro carpintero construye las barcas de madera para los pescadores locales. Símbolo de una ciudad que ya no existe, el astillero ha seguido siendo punto de encuentro de los ciudadanos. Aquí se repite aquel diálogo antiguo y continuo entre el pescador que hace un pedido y el maestro carpintero que proyecta y adapta algunas formas tradicionales de embarcaciones según las exigencias del usuario. Se trata de dar "garbo" a las barcas, ese conjunto de características difíciles de definir e identificar que les permite no embarcar agua, estar bien equilibradas, coger bien la ola... El carpintero, hablando con el pescador, trabaja en torno a un núcleo de principios, formas y proporciones tradicionales, haciendo continuas modificaciones para satisfacer los deseos y los controles del que hace el pedido.

La palabra "garbo" viene precisamente de la jerga marinera del Mediterráneo que parece que la haya tomado del griego "kalipos" - Buen pie, ajustado - al definir un zapato que se adapta bien a la forma irregular del pie y por eso, por derivación, también una barca hecha del modo "justo".

En el lenguaje corriente la palabra "garbo" ha conservado su núcleo semántico: define un modo de ser de un objeto o de una persona que responde a una serie de cánones de calidad estética, ética o funcional reconocidos por la cultura normal de una parte o de toda la población. Cánones que no están codificados en normas, manifestaciones, medidas o reglas oficiales sino que son patrimonio no escrito de la población y, sobre todo, están en evolución continua, lenta e impalpable, en respuesta al cambio de una multiplicidad de factores.

A esta cultura del garbo, tan cercana a la realidad y tan capaz de interpretarla e interactuar con ella, se contraponen la cultura del kitsch. Milán Kundera - en "La insoportable levedad del ser" - describe muy eficazmente qué significa este concepto del kitsch. Es la cultura del dogma rígido que adopta un grupo social y en el cual se identifica. Una cultura hecha de imágenes de referencia, de slogans, de recetas, de simplificaciones, de reclusión contra los otros kitsch o las otras culturas, de afirmaciones absolutas. Una cultura que no cambia, que no se encuentra en grado de concebir la evolución de las relaciones hombre-hombre u hombre-ambiente; una caja vacía y rígida hecha de apariencia y superficialidad que no logra y no quiere interpretar el diálogo social y sus evoluciones.

Se recurre de nuevo al antiguo contraste entre las religiones monoteístas y dogmáticas y el sistema mitológico griego. Unas rígidas e inmutables, pensadas para dar respuestas definitivas y eternas - y precisamente por eso en realidad aún más caducas - el otro - todavía actual después de más de 2000 años - hecho de infinitas variaciones sobre un tema de fondo - probablemente nuestros mismos prototipos - y en disposición, por lo tanto, de recoger, yuxtaponer y reajustar dudas, problemas e intuiciones que tiene una sociedad en continua evolución.

La crisis actual entre el hombre y el ambiente - físico o social - se lo juega todo en esta dicotomía: la cultura del "garbo" contra la cultura del "kitsch".

Hace días dando vueltas por las rebajas (uno de los kitsch a los que más sujetos estamos que se resume en el slogan "este año no quiero perderme las rebajas") me he atrevido a entrar en uno de los santuarios de decoración de interiores para la burguesía de la clase media-alta (Sogaro, Croff, High Tech, Avant de dormir, etc). Dentro, una multitud beata y casi exaltada caminaba entre objetos bellísimos que se reponen según las costumbres de una abuela común que nunca ha existido: un batiburrillo de vieja Italia, tercer mundo, país americano. Una simplicidad y un pasado ficticio, depurado y limpio de todas sus mezquindades y suciedades originarias que permite al ser humano actual, sin historia y sin relaciones culturales y afectivas con el territorio, volver a encontrar una identidad y un pasado: un pasado tranquilizador y falso en el que mecerse que pueda dar certezas y la ilusión de ser. Parece volver a ver la bellísima réplica-autómata de la película "Blade Runner" donde el proyectista concede tener una cantidad de recuerdos que - a pesar de ser fragmentarios, incoherentes y obviamente falsos - representan su núcleo de legitimación como ser humano. En nuestro sistema consumista de masas cada pulsión, necesidad o deseo está clasificado y encasillado. Para cada uno de ellos se elabora una respuesta estándar. Si sentimos la necesidad de un color diferente, he ahí Benetton que en cuestión de unos días capta nuestra necesidad y la traduce en un surtido de vestuario a difundir en su red. Si buscamos amistad y calor humano, he ahí las chat line (líneas telefónicas de conversación) o los pueblos turísticos en Valtour. Si buscamos emociones o evasión, he ahí el catálogo viajes de aventuras



para elegir y satisfacer nuestros antojos. Si buscamos nuevos mitos o fés, he ahí directores o editores dispuestos a proporcionarlos. Para cada necesidad hay un kitsch preparado para nosotros.

Y cuando no es posible resolver una pulsión con un *kitsch* específico y estándar, cuando se resiste un núcleo problemático irreducible, o se identifica un área de malestar social, rápidamente se responde con una acción de educación o prevención -?transversal y no disciplinar, naturalmente! - que encasilla las necesidades en otras tantas áreas, acciones y programas. La educación cívica, para la paz, para la globalidad, el medio ambiente, el sexo.... Prevención de la droga, del abandono escolar, de la criminalidad de la violencia, de los problemas del crecimiento, del malestar social y psíquico (son 33 en total las nuevas "educaciones"). Con cada una de estas educaciones nace un nuevo kitsch que hace que nos forjemos la ilusión de haber encontrado la clave para resolver el problema. Y sin embargo, nada cambia de un modo significativo: los problemas se gangrenan, el ambiente nos es cada vez más extraño, la sociabilidad está hecha trizas, los individuos están cada vez más en crisis y aislados.

Aquí precisamente está el engaño, en el creer que los núcleos problemáticos puedan resolverse con una teoría infinita de proyectos a largo plazo.

Se vuelve a incurrir hoy en el gran error de la ecología y del ecologismo que desde la disciplina y las teorías transversales se han reducido a nuevos kitsch con sus palabras de orden, sus dogmas, sus tabús, sus predicadores. Y en esta utopía de las nuevas educaciones - el kitsch más en voga actualmente entre los educadores - se acusa a las disciplinas como si estuviera en ellas mismas el problema y no en el modo dogmático, repetitivo y no vivido - ni por el docente, ni por el alumno - en el cual a menudo se proponen: las disciplinas reducidas a píldoras del saber sin un antes ni un después; suministradas por una multitud de docentes/farmacéuticos que las han heredado a su vez de sus profesores y que las retransmiten como únicos habitantes rígidos de los desiertos culturales de tantos jóvenes.

Paradójicamente, precisamente en la era de la ciencia y la técnica se está perdiendo la capacidad de buscar, investigar y hacerse preguntas. En la mayor parte de los cursos de actualización para profesores, se proponen y solicitan recetas fáciles y de fácil aplicación, con pies y cabeza. Rara vez instan a suscitar preguntas y dudas y a estimular la investigación, la innovación y el diálogo. La investigación científica y cultural se convierte de este modo en una concesión de una restringida casta de elegidos mientras que, para las masas, son suficientes los kitsch simplificados de la televisión, de los periódicos, del consumismo - el nuevo opio de los pueblos - que encuentran un terreno fácil de conquista en una población que ya ha perdido la propia cultura espontánea y que manifiesta una necesidad espasmódica de "razones" por las que estar en el mundo.

Lo que sirve hoy no son las píldoras o los kitsch de fácil uso para responder a los infinitos y nuevos problemas que la crisis de finales de milenio nos propone sino encontrar un nuevo camino para educar el "garbo". Garbo entre hombre y hombre, garbo entre hombre y ambiente, garbo del individuo consigo mismo.

El garbo, no obstante, no es una forma cultural que se desarrolla de hoy para mañana. Cualquiera que sea el garbo que las sociedades humanas hayan desarrollado, ha necesitado siglos y siglos de continua evolución. A lo que nos enfrentamos hoy es a una nueva incapacidad, frente al cambio vertiginoso del trasfondo tecnológico y social y a la consiguiente "evaporación" de los garbos tradicionales, de desarrollar un nuevo perfil social gracias al cual relacionarse con el ambiente.

El desafío que nos presenta es, por lo tanto, el de encontrar un engranaje - ¿educativo? - para unir estas dos dimensiones - desarrollo tecnológico y evolución del perfil - que van a velocidades decididamente diferentes. No obstante, es una falacia pensar determinar este engranaje en nuevos kitsch educativos y en "paquetes" de educaciones transversales. Tal vez, una vaga pista de investigación venga de la difusión de los sistemas informáticos que permiten unir individualidad y localismo con cantidad y globalidad, tal vez de las nuevas formas de sociabilidad y responsabilidad que se vislumbran en el voluntariado y en la solidaridad. Tal vez en las nuevas comunidades "virtuales" de Internet. Tal vez.

Lo importante es continuar investigando y no pretender resolverlo todo con programas rígidos y tranquilizadores. Es decir, buscar nuevos modos de proceder y progresar y no costumbres rituales.



En la célebre película "Huida de Nueva York" el héroe de guerra conocido como "Iena" - prototipo kitsch del hombre/máquina de destrucción, monolítico y sin complicaciones - recupera - después de su temible aventura en el infierno/ prisión de Nueva York - su humanidad hecha de dudas y debilidades. Alejándose, hacia el final, reivindica su verdadero nombre humanísimo: "Llamadme Plinsky".

Para concluir este artículo, tomo prestada de Plinsky su frase de despedida: "¡Bienvenidos al mundo de los hombres!".